

EL MOTÍN

Año XXXVII

Madrid, Jueves 24 de Mayo de 1917.

Número 21.

EL MOTÍN PERIODICO SEMANAL CON 8 PAGINAS Y CARICATURAS

Se publica los jueves

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN
ALBERTO AGUILERA, 52, MADRID

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

Madrid y provincias, 1'50 pesetas trimestre, 3 semestre, 6 año.—Ultramar y Extranjero, 10 pesetas año.—Pago adelantado.—Corresponsales, 1'50 pesetas 25 números.—Número suelto 10 céntimos.

Los suscriptores directos tendrán derecho á recibir cuanto se publique en esta casa, con el 25 por 100 de rebaja.

Momento difícil

Otro vapor español torpedeado sin previo aviso: el *Patricio*. Llevaba carbón de New-Port á Barcelona.

Iba sobre el puente el capitán con el primer oficial cuando oyeron un cañonazo, viendo elevarse acto continuo una enorme columna de agua, producida al caer el proyectil.

El capitán ordenó inmediatamente al maquinista que parase é hizo sonar dos veces la sirena. El buque se detuvo casi instantáneamente.

No obstante, el submarino hizo tres disparos más de cañón, hiriendo gravemente al primer maquinista, que se hallaba en su camarote.

El infeliz, al sentirse herido, presa de horribles dolores, pidió un revólver para suicidarse, y al ver que no se lo daban, arrojóse al agua, de donde lo recogieron.

Sintiéndose morir, se despojó del reloj, de las alhajas y del dinero, é hizo entrega de todo al capitán, rogándole que lo hiciera llegar á poder de su familia. Después expiró entre terribles dolores.

La tripulación, en medio de la densa oscuridad descendió á los botes bajo el fuego del submarino, y á poco vió luces á bordo.

El *Patricio* llevaba pintada en ambos lados de la proa la bandera española é izado también el pabellón nacional.

El falucho *Titanic* encontró el bote donde iba la tripulación con el cadáver del maquinista.

La población de Denia hizo una

imponente manifestación de sentimiento al darle sepultura.

El torpedeamiento de ese barco ha producido en toda España más indignación que los anteriores.

El Consejo de ministros se reunió inmediatamente que lo supo para enviar una Nota á Alemania, cuyo contenido puede deducirse por las siguientes palabras pronunciadas por el ministro de la Gobernación ante los directores de los diarios convocados al efecto.

«Señores, nos hallamos en el instante más grave que hemos visto desde que estalló la guerra... Un barco español ha sido hundido fuera de la zona del bloqueo, sin previo aviso, sin justificación ninguna, y ese atentado ha costado la vida á uno de nuestros compatriotas.

El Gobierno al cual tengo el honor de pertenecer, ha dirigido á Alemania una Nota que puede muy bien ser la última, pues sus términos no se prestan á ninguna clase de discusiones jurídicas. La única respuesta posible se encontrará en los hechos.»

Después de estas palabras hubo un instante de penoso silencio en el vasto salón oficial. Los veinte periodistas ahí reunidos, ante la gravedad patética de la situación, no pronunciaron una sola palabra. Burell terminó diciendo:

«Estoy seguro de que, á partir de este instante, no hay ya entre nosotros sino españoles... Como á españoles me dirijo á ustedes para suplicarles que, durante los pocos días necesarios para esperar la respuesta de Alemania, suspendan sus polémicas. Más de una vez se ha dicho que el Gobierno actual, aun llamándose neutralista, inclinábase del lado de uno de los grupos beligerantes. Eso no es cierto; pero aun cuando lo hubiera sido; aunque, como lo aseguran algunos, yo fuera partidario de una «filia» cualquiera, en estos momentos toda simpatía y toda antipatía ha desaparecido porque el interés de España se sobrepone á cualquiera otra pasión. La hora es grave, muy grave, como ya lo he dicho. Se trata del honor del país y de sus intereses sagrados. La respuesta de Alemania nos inspirará la conducta que debemos seguir, y estoy seguro de que, pase lo que pase, todos los órganos de la opinión se unirán al Gobierno para formar un bloque nacional.»

Cuando el ministro hubo terminado así su breve discurso, no hubo un sólo periodista que hiciera la menor observación, y todos contestaron:

—Con el país y con el Gobierno que lo representa estamos.

Al final de la reunión exclamó Cas-

trovido con la sinceridad y la vehemencia peculiares en él:

«Señor ministro, yo soy francófilo con toda mi alma; pero si en vez de ser un crimen alemán el que nos coloca en este trance hubiera sido la Nota francesa de que se ha hablado, lo mismo me hubiera puesto, en silencio, cual un soldado al lado del Gobierno.»

Algunos compañeros estrecharon efusivamente la mano de Castrovido y se retiraron todos sintiéndose españoles, si bien algunos no acertaron á disimular aquel mismo día sus aficiones germanófilas. La costumbre se impone á ciertos temperamentos casi tanto como la gratitud.

Estamos, pues, pendientes de lo que Alemania conteste á esa Nota.

Y para ir á parar á esto, francamente, no merecía pena de haber hecho una crisis.

Acción disculpable

El cónsul de Alemania en el Ferrol ha entregado tres mil pesetas á la viuda del maquinista del *Patricio*.

El País en un razonado artículo titulado *Tasación denigrante*, examina la cuestión bajo diferentes aspectos, uno de los cuales es este:

«La repetición del caso nos mueve á decir algo. Tiene, como ocurre con todas las acciones humanas varios aspectos. ¿Los cónsules obran por sí mismos deseos de reparar en mínima parte, en lo posible, un mal de irreparables consecuencias causado por compatriotas suyos á compatriotas nuestros? Los cónsules revelan humanitarismo, caridad, generosos deseos. La acción, considerada individualmente, les honra.

¿No obedece á impulso individual, sino á órdenes del Gobierno de Berlín, que intenta borrar la sangre, enjugar las lágrimas, y comprar el afecto ó evitar la irritación de los españoles? En este supuesto la acción denigra por igual al comprador y al comprado. Un Estado, cuanto más poderoso mejor, debe reparar noble, directamente los daños que causa; la reparación ha de ser lo más liberal posible, las explicaciones amplísimas para que satisfagan, y la principal reparación es la enmienda, no la reincidencia. Pero esto de socorrer sórdidamente á huérfanos y á viudas, para volver á repetir la hazaña, es tasar en muy poco la vida de los españoles. A los «niños» acaso baste con eso, tal vez sobre, para comprar su complicidad, su adhesión, su defensa, su apología; pero no hay dinero para pagar la muerte de los españoles inmolados al descuido, á la equivocación

ción, al deseo de aterrorizar ó á la crueldad de la guerra.»

Me siento inclinado en este caso á disculpar á los alemanes. Acostumbrados á comprar conciencias de españoles inteligentes á bajo precio ¿cómo no creer que á la familia de un pobre maquinista muerto le parecerá un fabuloso tesoro tres mil pesetas?

Seamos justos é imparciales hasta juzgando la conducta de las personas que aborrezcamos.

El mitin de las izquierdas

El mitin que preparan las izquierdas españolas para exponer su opinión sobre los asuntos de actualidad celebraráse el próximo domingo 27 de Mayo en la Plaza de Toros de Madrid.

Hablarán los Sres. Unamuno, Melquiades Alvarez, Lerroux, Castrovindo, Simarro, Ovejero, Menéndez Párrés y Alborno.

Asistirán centenares de representaciones de provincias, muchas de ellas numerosísimas.

El acto, para el que reina gran entusiasmo, tendrá extraordinaria resonancia.

HESPERIA

Una vez, hace muchos siglos, cuando eran independientes unas de otras las ciudades y no se habían agrupado todavía para formar naciones, hubo una terrible guerra entre dos grandes urbes que se llamaban Kulturia y Georgia. Las dos querían derribar todas las fronteras; la primera, federando las ciudades; la segunda, conquistándolas como los romanos.

Durante muchos años, Kulturia se fué preparando para la guerra, y, cuando se creyó bastante fuerte, la provocó con objeto de someter á viva fuerza á los pueblos vecinos. Esta actitud alarmó á Georgia, quien, unida á las ciudades ya federadas con ella, intervino en la contienda, que desde aquel momento fué un duelo á muerte entre Georgia y Kulturia.

Georgia no estaba preparada para la lucha y, mientras reclutaba un ejército numeroso, dispuso que sus soldados profesionales bloqueasen al enemigo. Kulturia, embriagada por sus primeras victorias, al principio no dió importancia al bloqueo, pero después el hambre la hizo comprender que el botín que traían sus soldados no compensaba la riqueza que perdían sus comerciantes, y que era preciso hacer algo más que luchar en los campos de batalla. Pero incapaz de inventar algo original, sólo se le ocurrió bloquear á su vez á Georgia.

Todas las ciudades neutrales sufrieron los rigores de este doble bloqueo, que hacían efectivos los dos bandos de distinta manera. Los georgianos detenían todas las caravanas y comerciantes aislados que encontraban en el camino, y si llevaban alguna mercancía para Kulturia la embargaban. Los kultureses se escondían en las inmediaciones de los caminos y mataban á todos los transeúntes disparándoles flechas sin haberles dado siquie-

ra el *quien vive*. De esta manera asesinaban, no sólo á comerciantes, sino con frecuencia á simples pasajeros, á personas que viajaban de una ciudad neutral á otra ciudad neutral y que eran vecinos de ciudades neutrales.

Esta conducta aumentó el número de enemigos de Kulturia pues poco á poco tuvieron que intervenir en la guerra casi todas las ciudades neutrales para defender la vida de sus ciudadanos.

Sólo una ciudad, Hesperia, permaneció neutral. Vivían en ella unos seres extraños y *vulgarófilos* que discurrían así: «Es intolerable que los soldados de Georgia detengan á nuestros comerciantes para registrarles sus mercancías. Eso no lo hacen los kultureses, pues si bien éstos matan á nuestros conciudadanos, ya anunciaron que lo harían; si los comerciantes de Hesperia son asesinados por los kultureses en cuanto salen de la ciudad, tienen ellos la culpa, por salir. En cambio, es intolerable que los soldados de Georgia pongan trabas á nuestro comercio y nos prohiban negociar con Kulturia.»

Los aliados de Georgia eran muchos, y se bastaban para todas sus necesidades. Hesperia estaba sola y tenía que comerciar con quien podía, pero bien veían todos que sólo se hacía este comercio por egoísmo. Y llegó el día de la paz. Y Kulturia, por su ambición, se había conquistado mucho odio. Y Hesperia, por egoísta y pusilánime había logrado no poco desprecio. Kulturia, odiada por todos, rectificó su conducta, dejó de ser una amenaza, y muchos hombres la perdonaron y hasta admiraron sus virtudes. Hesperia nada podía rectificar, porque había terminado la guerra y en mucho tiempo no se le presentó ocasión de demostrar que ella, á veces, también sabía anteponer su dignidad á sus intereses materiales.

F. R.

ACLARACION

Habiéndonos enterado en Correos de que pueden circular las cartulinas sueltas, franqueadas con un cuarto de céntimo, siempre que no se escriba nada en ellas, así se le enviarán á quien las pida.

Si alguna se extraviare, no importa; como queda aquí anotado en un registro el nombre del interesado y el número de la cartulina, no hay medio de que deje de recibir el regalo aquel á quien le toque.

Por lo tanto, con solo mandar una peseta, recibirá la cartulina el que lo desee.

Y al que nos avise de que no la ha recibido, se le enviará otra, anulando para el sorteo el número de la anterior.

La pluma y la herramienta

Antes, algunos convencidos calificaban pomposamente de *sacerdocio* la profesión de periodista.

Hoy ya se piensa, y con razón, que no es necesario oficiar de pontifical

para poner ideas en circulación, y que son muchos los que se dedican á desacreditar el oficio, que no merece más que otro ni el exceso de honor ni el de la dignidad.

El que movido por la noble ambición de labrar un surco fecundo y de identificar su vida con una obra útil, prodiga el dinero, el tiempo y el esfuerzo, para crear y sostener un periódico de ideas, es igual á Bernard de Palissy arrojando al fuego sus muebles para llevar hasta el éxito su tentativa que dotará al mundo de un arte nuevo.

El que, para asegurar la satisfacción de sus apetitos, hace del periódico un arma de *chantage*, de calumnias y de inconfesables complacencias, es de la misma familia del clásico bandido que, escopeta en mano, esperaba al viajero en un rincón de la carretera para desbalijarle.

El redactor que, con fama ó sin ella, en grandes ó en pequeños caracteres, en la primera ó en la tercera plana de cualquier periódico, dice sinceramente lo que piensa y no otra cosa, es el hermano del obrero cuyo esfuerzo, perdido en el conjunto de otros esfuerzos, alimenta y renueva sin cesar la riqueza del mundo.

El desgraciado individuo, dispuesto á escribir todas las mentiras que le ordenen, á llegar á todas las abdicaciones de conciencia para conservar su pan, deshonorando ayer á los curas y hoy á los librepensadores, lisonjeando si se lo mandan, insultando cuando le dicen que lo haga, está al mismo nivel moral que el obrero que fabrica santos de plata, instrumentos de muerte y alcoholes venenosos.

Esos infelices trabajadores, manuales ó intelectuales, tanto valen los unos como los otros; así como también reconocemos el mismo valor moral á los que, sea con la pluma ó con la pesada herramienta, trabajan valientemente para aumentar el patrimonio de la humanidad.

Estas son cosas elementales, de simple buen sentido, y que, sin embargo, es preciso repetir cada vez que el orgullo y los celos las hacen perder de vista.

C. M.

Un caso de intolerancia

El día 11 de Mayo abandonó España, marchando á Francia, D. Francisco Peramón y su esposa. El motivo de su huida de la patria, indigna y abochornosa, porque se trata de una venganza clerical, de un zarpazo de la hiena que no pudiendo levantar cadalsos y encender hogueras para castigar las virtudes de los hombres rectos y rebeldes, procura poner trabas á su vivir, les niega el ambiente que necesitan para no morir de hambre.

Los lectores de EL MOTIN conocen el hecho, el caso de un hombre entregado

en cuerpo y alma al capricho del clericalismo, despojando a una familia obrera de unos terrenos que el amor y la constancia en el trabajo enriqueció considerablemente.

El Manso «Olivés», de Sardañola, recogió el esfuerzo, se regó con los sudores de una familia obrera durante treinta años, suprimiendo retazos de yermo, convirtiéndolos en plantíos, haciéndolos productivos, en fin. Y el propietario anterior supo hacerse cargo del esfuerzo realizado por sus colonos, con cuyo esfuerzo mejoró notablemente la finca, hasta que decidió venderla a un hombre de leyes, el cual ha probado ser enemigo de hacer justicia.

Hombre de ideas avanzadas el Sr. Perramón, supo con el ejemplo más que con la palabra inculcarlas a sus hijos, y cuando el mayor quiso unir su suerte con una mujer, lo hizo sin acudir para nada a los sacerdotes del catolicismo, y cuando del joven matrimonio nació una niña, fué inscrita en el Registro civil y no en el de la parroquia.

Eso alarmó a los clericales, quienes acudieron, según se dice, a la esposa del propietario, una beatucha de la peor especie que se tomó el trabajo de tirar del cordelito para que su esposo fuese una imitación de títere.

Lanzada de la casa y las tierras contiguas la familia Perramón y viendo lo difícil que le sería el batallar contra la beatería y los hipócritas de Sardañola, decidió buscar refugio en Perpignan, donde residía desde hacía algunos años un hijo, mas otros dos recientemente, y allí han vuelto a reunirse los dispersos.

Hemos ido a despedirles, á maldecir de la Iglesia que tales trastornos produce y tantos crímenes de ayer y de hoy tiene en su haber. Hemos visto llorar dos viejos que ante la perspectiva incierta del mañana y pensando más que en sí propios en la suerte de sus hijos, van á abrigarlos con sus alas y á esperar que los años tuerzan sus cuerpos fatigados, obedientes durante tanto tiempo a todos los deberes que la honradez impone.

A nosotros se nos ha hecho un nudo en el corazón también, y el recuerdo de la casa paíval rodeada de viñas y regadío, y el recuerdo del amor y de la esplendor con que eran recibidos los pobres y los amigos, donde tantos perseguidos acudieron y donde tantas víctimas encontraron pan y refugio, nos hacen más repulsivas las prácticas de la mentira religiosa que ha sabido crear un estado de cosas y unos intereses para cuya destrucción habrá algún día que acudir á las mayores violencias.

Amigo Perramón y familia: cuando leáis estas líneas, estad seguros de que en vuestra patria existe un puñado de amigos que os recuerdan con cariño, y también de que vuestro noble proceder aceptando el sacrificio antes que violentar las sagradas prerrogativas de la conciencia, merece en estos tiempos sanchopancescos la admiración y los elogios de todas las personas decentes y enamoradas de un ideal superior, que ha de llevarnos algún día á la posesión de todos los derechos y á la satisfacción de todas las tolerancias.

J. COSTA Y POMÉS

ADVERTENCIA

Se ha reproducido en Hoja suelta, como Suplemento al número anterior, el artículo "Con la frente muy alta", para enviárselo á los suscriptores, y á los lectores que lo pidan, si creen que pueden hacer con él alguna propaganda en favor de «El Motín» entre sus amigos y correccionarios.

Cine clerical

La eterna disputa

—Vamos, que lo que le ha pasado á la pobre señá Remedios no tiene nombre... ¡Y luego dicen que hay Dios!

—No diga usted majaderías: ¿qué culpa tiene Dios de que el Dionisio fuera un atolondrado y se bajara corriendo del tranvía cuando pasó el automóvil? Es muy cómodo eso de echar la culpa á Dios de todas nuestras locuras é imprudencias.

—Pues, no, señora; es muy justo y muy natural. ¿No dicen que todo lo bueno nos viene de mano de Dios? Pues también lo malo.

—¡Qué disparate!

—Hombre, tiene gracia la cosa... Nos cae la lotería, se encuentra una bolsillo, tenemos salud, nos sale bien un negocio: bendición de Dios, y aplausos á la Providencia. Salen las cosas mal, nos ocurre una desgracia: la culpa es nuestra.

—Y es la verdad.

—Pues no lo es. ¿No dicen ustedes, porque es usted de esas que se pasan todo el día en la iglesia oyendo sermones, no dicen ustedes que no se mueve la hoja del árbol sin la voluntad de Dios y sin que él lo permita? Pues á Dionisio le reventó el automóvil porque Dios quiso...

—Es muy distinto.

—Pues no lo es, porque si Dios no hubiera querido no habría pasado el automóvil cuando se bajó el Dionisio, ó se hubiera ido hacia la derecha, y no lo hubiera hecho una papilla como lo hizo.

—Si, va á andar Dios como un policía vigilando todos nuestros gestos y acciones para que no nos hagamos daño; ¿y la libertad?...

—¡Hola! ¿Con que la libertad la tenemos para lo malo que nos sucede, y para lo bueno todo es obra de la bondad de Dios? Vamos, un chico tan bueno, ahora que empezaba á mantener á su pobre madre vieja, enferma y casi ciega... Vaya, que si hubiera

Dios no permitiría esas cosas, y si las permite no es bueno, ea, y á mí que no me vengan con historias.

—¡Jesús! ¡Qué blasfemia! Si la oye-
ra á usted el P. Porrón...

—Lo mismo lo diría... Si usted estuviese en el puesto de la madre de Dionisio, ya veríamos cómo hablaba...

—Hija, que se resigne y se someta á la voluntad de Dios; es su deber de cristiana.

—¡Señora, vaya usted y que la zurzan!... Lástima no hubiera sido usted la que se bajó del tranvía...

—¡Ave María! Esta mujer es el mismísimo demonio.

—Usted sí que lo es, que pone á Dios de tapadera sólo para lo bueno.

FRAY GERUNDIO

LA LÁMINA

EL PERRO Y LA SOMBRA

Un perro que llevaba un pedazo de carne en los dientes vió su propia imagen reflejada en el agua, y por haberse lanzado á arrebatar el bocado que aparecía en la boca de su propia imagen, soltó su propio bocado.

Alemania ha perdido la prosperidad, que con tanta laboriosidad había alcanzado, en un vano esfuerzo por conquistar la supremacía mundial.

UN RUEGO

Conozco bien á mis lectores, para abstenerme de ofenderlos publicando los nombres de los que ayudan á El Motín. Pudieran creer los que no lo son, que lo hacía con el propósito de estimular á los que nada hiciesen por serle imposible.

Estoy recibiendo ahora nuevas pruebas de ello. Entre los que han respondido ya, hay varios que me piden que no publique su nombre.

Algunos, ni lo dan siquiera. El jueves vino á la administración uno, dejó cinco duros, y al preguntarle cómo se llamaba para ponerlo en las cartulinas que iban á entregársele, negóse á decirlo y á recibirlas; y al decirle que era preciso saberlo para anotar en el registro, «bien, contestó; que pongan, D. Juan». Y no hubo medio de que diese más detalles. ¡Don Juan! Cualquiera busca un estudiante vestido de negro en Salamanca, como antiguamente se decía.

El incidente me hizo pensar en dirigir este ruego á mis lectores: que acepten todos las cartulinas, aun que no sea más que por ahorrarme trabajo.

Porque de no recibirlas, tendré que abrir otro índice para anotar los nombres de los que tal hagan, puesto que todos los números han de entrar en sorteo, quiéranlo ó no los interesados.

Adviertan además que, aun admitiendo su desinterés, no recibo con

eso favor alguno; he de regalar las 15.000 pesetas de libros ofrecidas; lo mismo si distribuyo mil cartulinas, que si distribuyera 20.000; luego el favor no sería para mí, sino para los que entraran en suerte; á menos números, más probabilidades de alcanzar un lote.

Por consiguiente, sirvanse no rechazarlas, y así me evitarán complicaciones; nuevo favor que duplicará mi agradecimiento.

Quid pro quod gracioso

Un amigo mío, suscriptor á EL MOTIN, leyó en un periódico que en la iglesia de un convento cercano á su casa se cantarían varios motetes en una fiesta que iba á celebrarse.

Aficionado á la música y creyendo que los habrían impreso, envió á su criada á ver si los vendían, para distraerse tocándolos, ó acaso con la idea de convertirse.

Fué ella al convento, preguntóle al primer fraile que vió cuánto costaban, y parece que, en vez de mote, que no sabía lo que era, se equivocó y dijo molletes.

El fraile tomólo á burla sin duda, y preguntóla quién la había mandado; se lo dijo, é inmediatamente quiso saber los periódicos que leía.

Al oír el nombre de EL MOTIN, el fraile dió un bufido estupendo y exclamó:

¡EL MOTIN! Ese periódico maldito, aborto del Ave! ¡Deje usted esa casa si no quiere perder su alma!... ¡Su amo está condenado! ¡Leer ese papel, engendro de Satanás!... ¡Márchese usted!... ¡Márchese usted hoy mismo de este antro, desgraciada!

La pobre mujer no sabía lo que le pasaba. Corrió asustada hacia la casa de su amo, al que refirió lo ocurrido.

El amo soltó la carcajada á todo trapo, y cuando ya no podía reír más, calmó el miedo de la doméstica con razones que acabaron por hacerla reír también.

¡Pero qué desagradecidos son los frailes! ¡Sin dinero que han sacado, sacan y sacarán á las gentes bobaliconas y á las hipócritas á pretexto de combatir á EL MOTIN! Como tuviera yo en mi mano todo el que se han agenciado por ese procedimiento, me reiría de Roschild.

¡Y vaya una manera de pagarme! Abominando hasta del nombre del hijo queridísimo de mis entretelas, en el que tengo puestas todas mis delicias! No merecen, no, el interés que por ellos me tomo.

Esto no obstante, yo proseguiré incansable mi tarea, en mala hora comenzada, de ver si logro domesticarlos un poco, aunque, lo confieso avergonzado, desconfío ya de conseguirlo.

Ha sido posible domesticar al tigre, á la hiena, al cocodrilo, hasta el cerdo, á fuerza de halagos, de tiempo y de paciencia; los animales más fieros se dejan subyugar por el buen trato y el halago. El fraile, mientras más lo miman y lo atienden, más ingrato se muestra.

Y así ha sido siempre.

Ya se leía en la colección de refranes de Hernán-Núñez impresa el año 1621 en Lérida.

«Frailes, vivir con ellos, y comer con ellos, y andar con ellos, y luego vendellos, que así hacen ellos.»

Diálogo con una vieja armadura

El crepúsculo llenaba de sombras fantásticas la gran sala de armaduras del viejo museo. El guarda, que deambulaba bostezando entre aquellos arneses de guerra, vino á parar frente á una armadura que, según se dice, perteneció al Cid Campeador, y exclamó de pronto, entre supersticioso y burlón:

—¡Viva el Cid!

Pero con estupor rayano en el espanto, oyó salir de la vieja armadura una voz recia y clara que contestaba á su saludo:

—¿Qué ocurre, amigo?—preguntó la armadura, y el pobre guarda estuvo á punto de caerse al suelo por la impresión.

El Cid.—Vamos, hijo, ¿por qué te aterra? ¿Es que la voz de una vieja armadura de guerra pone espanto hoy en el ánimo de los descendientes de mis valientes españoles? Habla sin temor y dime si algún glorioso suceso alegra á mi adorada España.

El guarda (con voz ahogada).—¡Oh, héroe entre los héroes! ¿Quién podría suponer?...

El Cid.—Pero habla, habla sin reparo.

El guarda.—Obedezco, ¡oh, supremo héroe de nuestra raza! Las gacetas sensatas nos aseguran que la neutralidad prepara para España, los tiempos más felices de su gloriosa historia.

El Cid.—Buena noticia, en verdad, y que me es muy grata, porque adoro á mi noble país. Pero, explícame ¿de qué manera la neutralidad prepara esas felices andanzas de que os hablan vuestras gacetas?

El guarda.—En realidad, esas felicidades ofrecidas ya son tangibles para nosotros, porque no tomamos parte en la guerra mundial; vivimos con comodidad y seguridad (el acero de la vieja armadura pareció dar un chirrido), y podemos mirar tranquilamente, como desde un tendido de sombra, la mayor corrida que se haya realizado en el mundo.

El Cid.—¿De veras?

El guarda.—Sí. Y además, quedando neutrales hasta el fin, nos hallaremos al término de la contienda con un ejército intacto entre las naciones completamente agotadas.

El Cid.—¿Y para qué?

El guarda.—No lo sé, porque las gacetas no explican cuáles habrán de ser las hazañas que tendrá que realizar este ejército intacto en la Europa agotada; pero aseguran, en suma, que al volver la paz á la tierra, España se hallará como un rico entre harapientos, como un bien alimentado entre hambrientos, como...

El Cid.—Déjate de comparaciones.

El guarda.—Obedezco. Pero dicen también las gacetas, que para lograr la paz puede ocurrir que España sea llamada á decir la palabra augusta y definitiva, á hacer el gesto supremo al que se rendirán los combatientes, deponiendo las armas ensangrentadas á nuestros pies como trofeos á los pies de un monumento. Y hecha la paz, nuestro país hablará con nueva y preponderante autoridad á la Europa admirativa. España será la reina de las naciones, la perla más admirable en la frente de la civilización mundial, el faro de luz para los hombres todavía flagelados por la tempestad. Será, en fin, el pueblo más rico, más noble, más bello,

más respetado y más glorioso de este y de varios otros continentes.

El Cid.—Es admirable en realidad. En mis tiempos, por mucho menos era preciso batirse como leones; ¿y será posible que ahora se pueda ganar tanto con tan poca cosa, subir tan alto con tan menudado esfuerzo? No lo entiendo.

El guarda.—Los tiempos han cambiado mucho.

El Cid.—¿Y los españoles?

(De *Il Corriere della Sera*.)

LO DE SIEMPRE Y POR LO MISMO

Nos quejamos á menudo de que la policía no cumple con su deber, sin tener en cuenta el mucho tiempo y el mucho personal que tiene que dedicar á la persecución de los delincentes de una respetable clase: la sacerdotal.

A continuación van dos noticias que ha publicado la Prensa durante la semana última, y que demuestran lo atinado de mi observación:

«El juez Instructor de Archidona telegrafía al Gobernador Civil rogándole disponga la busca, captura y detención para ser trasladado á la cárcel de dicha ciudad, del sacerdote de Cuevas de San Marcos, D. Diego Ginés, que raptó á la joven de 19 años Jesusa Mayor Ayesta, cuyo paradero se ignora.

El Gobernador dió órdenes á la policía, la cual practica gestiones para la captura de la pareja amorosa.»

«El Gobernador civil de Valencia participa al de Málaga se proceda á la busca y captura, para su conducción á dicha capital, de un sacerdote que robó infinidad de alhajas de una iglesia de aquella población.»

Como todos sabemos, sobre el noventa y nueve y medio por ciento de las fechorías que cometen curas y frailes echan el público y las autoridades españolas el protector manto de su silencio.

Y sí, á pesar de esto, tiene la policía que abandonar otros servicios para buscar y capturar individuos de esa profesión, va á ser necesario duplicar, por lo menos, el personal del Cuerpo.

De no hacerlo, pudiera llegar el caso de que los criminales de otras clases evadieran la acción de la justicia, por hallarse la policía ocupada casi exclusivamente en la persecución de ministros del Altísimo impetables, y de frailes plagados de virtudes.

Por lo demás, recuérdese lo que tantas veces he dicho: que de casi todas las faltas en que incurren los individuos del virtuoso clero, tienen la culpa las sugestivas pesetas y las retrecherísimas hijas de doña Eva, la inquilina desahuciada del Paraíso terrenal por su desmedida afición á las manzanas.

EL MOTIN



Ayuntamiento de Madrid

Recuerdos de la juventud

A Pepe Nakens: Su antiguo y cariñoso amigo, E. R. S.

El batallador periódico *El Combate* empezó a publicarse el martes 1 de Noviembre de 1870, con la siguiente redacción:

Director: José Paul y Angulo.—Redactores: Ramón Cala, José Guisasola, Francisco Córdova y López, Francisco Rispa Perpiná, Federico Carlos Beltrán y Luis Pierrad.—Administrador, Ignacio Sastre.

Luis Pierrad dejó de serlo pronto. En cambio entraron en la redacción Francisco Flores García, y el que estos recuerdos publica.

Estableció sus oficinas en la Plaza de los Mostenses. En el piso principal del núm. 24—hoy tiene el 17.

Al comenzar sus tareas me encontraba yo convaleciente de unas fiebres perniciosas de que me habían curado los eminentes doctores y queridos amigos, don José Esquerdo y D. Santiago González Encinas.

No tardé en conocer a Pepe Paul—como quería que le llamásemos—presentado por mi fraternal amigo Ignacio Sastre, en su casa de la calle de Bordadores, núm. 5. Me invitó a tomar parte en las tareas del periódico, y como era una publicación tan valiente como perseguida, y yo era un joven lleno de entusiasmos y de fe, acepté gustosísimo, y cada semana publicaba uno ó dos artículos satíricos con el epígrafe de *Confidencias*.

Habíase fundado por entonces una titulada *Partida de la porra*, compuesta de una treintena de individuos, unos, los de arriba ó jefes, en busca—según se decía,—de un empleo; y otros, los de abajo, para ganarse su jornal, con la especial misión de matar *El Combate*, matando á sus redactores, protegida por las más altas personalidades á las que estorbaban la energía y el valor de la publicación.

Conocedores de este proyecto, en *El Combate* del día 2 de Diciembre apareció la siguiente Nota:

«El día en que un hombre de *El Combate* sea maltratado siquiera, aquel día será para Madrid un día de luto y de ignominia, y para los desgraciados que componen la *Partida de la porra*, á los que conocemos muy bien, un día de exterminio, porque estamos decididos á todo.»

En estas horas había ocurrido un grave suceso. La noche del 30 de Noviembre debía estrenarse en el Teatro de Calderón, un aporósito titulado *Macarrónini I*, y al dicho Coliseo acudió la *Partida de la porra*, logrando impedirlo, precipitándose sobre el escenario, después de romper la barandilla que la separaba de él, y puñal y revólver en mano, vociferando amenazas y haciendo disparos, destruyendo sillones y localidades propias de un teatro, causando varias desgracias, en particular de mujeres y niños, obligaron á huir al público, y á los actores, algunos de los cuales fueron cariñosamente atendidos y aun curados en la redacción del diario republicano *La Igualdad*, situada cerca del dicho teatro.

El distinguido escritor y antiguo progresista D. Fermín Gonzalo Morón, escribió una notable *Hoja*, de la que voy á copiar unos renglones:

«Los moros del Riff, no están en Melilla, ni en el Peñón, están entre nosotros.

Esos frenéticos salvajes con navaja y revólver en mano, invadieron el teatro de Calderón.

Yo me dirijo hoy á esos salvajes y los denuncio, á la faz del país, y los reto una y mil veces á que se presenten delante de mí, en su barbarie y sus sangrientos alaridos.

Y tú, gobernador de Madrid, tú brillaste anoche por tu criminal ausencia; tú y tus hombres de orden fuisteis anoche cómplices del desorden y del asesinato.

Y vos, presidente del Gobierno, vos, general Prim ¿qué hacéis de vuestra faja y vuestra espada á la vista de estos incalificables atentados?»

Pronto me gané yo también el odio de la *Partida*. En mi *Confidencia* del 3 de Diciembre escribí el siguiente diálogo:

—«Y esos hombres, existen aún, y la ley no ha tendido sobre ellos su vara?»

—«¡Infeliz! Si la vara de la ley es la misma de que ellos se sirven para apalear á los indefensos ciudadanos.»

Aquella noche asistía yo al teatro de Novedades, cuando entró un puñado de hombres de mala catadura por el pasillo de las butacas, y tomó asiento de la fila posterior á la que yo ocupaba. Tras ellos entró, colocándose delante de mi butaca, mi amigo el popular poeta José Álvarez Sierra, y en voz baja me dijo:—«Detrás de ti están los *porristas*. No te muevas que yo voy en busca de amigos.» Con efecto, á los pocos minutos entró seguido de una docena de republicanos de la Plaza de la Cebada, y los *porristas* se escabulleron acobardados ante su resuelta actitud.

Pepe Sierra y yo, nos queríamos mucho. Su padre, D. Juan, era cirujano menor,—entonces había muchos,—y tenía una peluquería en la calle de Atocha.

Era un antiguo progresista y no compartía con nosotros las ideas republicanas. Muchas veces me decía con su cierto tono gallego, del que á pesar de sus muchos años en Madrid no había podido desprenderse:

—«Son ustedes muy *malitus*, y usted, D. Enrique, es más *malitu* que mi hijo.» ¡Pobre viejo!

Visto que mis artículos eran siempre denunciados, me dijo Pepe Paul:

—«No seas niño y no los firmes. Pásan de ciento las denuncias que tengo sobre mí. ¿Qué pueden importarme veinte más? A lo que yo contesté resueltamente:

—«Mucho agradezco á usted su ofrecimiento, pero en estos casos yo opino que cada palo debe aguantar su vela.

Los peligros arreciaban, cuando una noche los escritores de *El Combate* se encontraron al dirigirse á la redacción con una verdadera sorpresa: con la presencia en todas las calles, y en la Plaza de los Mostenses, de una multitud de ciudadanos armados dispuestos á guardarlos y defenderlos, y con varias comisiones de las Juntas Republicanas y de los Batallones de la Milicia con el ofrecimiento de enviar cada uno cincuenta hombres para custodiar la redacción. A todos se mostraron los redactores agradecidísimos, no por ellos, que tenían hecho el sacrificio de sus vidas, si por la tranquilidad de sus familias, que pasaban por horas bien crueles y bien amargas.

Pero la marea subía, y el choque se avecinaba.

Unos *Remitidos* de D. Felipe Ducaz-

cal al periódico *La Iberia*, negando ser el jefe de la *Partida de la porra*, y contando que había buscado á Pepe Paul y le había maltratado, quitándole el revólver que llevaba», provocaron un artículo de *El Combate*, en el que Paul declaraba:

«Que tenía á Ducazcal, á pesar de sus negativas, por el verdadero jefe de la *Partida de la porra*;

Que mentía villanamente al decir que le había maltratado y quitado el revólver, no habiéndole buscado jamás;

Y, por último, que sin embargo de lo despreciable de su condición, estaba dispuesto á batirse con él cuando quisiera, y como quisiera.»

Después de este artículo (8 de Diciembre) todo el mundo comprendió que el desafío era inevitable.

Pocas horas después nos encontramos en la rotunda del «Café de Fornos» Pepe Paul, Córdova, Rispa, Beltrán, Pierrad, otros varios amigos y yo, que algo apartado, leía un periódico, cuando entraron dos caballeros que aunque vestidos de paisano declaraban en su andar, su postura y su resolución, ser militares, y con la mayor cortesía se acercaron á mí preguntándome si conocía á D. José Paul, y si se hallaba en el café. Díjeles que sí, llamé á Paul, se los presenté, y con ellos ocupó una mesa de las más retiradas.

Sospeché que se trataba del esperado lance, y al marcharse los dos caballeros pregunté á Paul, quien, para despistarme y despistar á los otros amigos, dijo-me que eran dos enviados del periódico *La Iberia*, con cuyo diario venía sosteniendo *El Combate* rudas polémicas, solicitando aclarar unas dudas. Nada, en suma, añadió, desapareciendo luego del café.

Mis deberes de crítico me llevaron al teatro Español, pasando la noche con la mayor inquietud, y sin poder conciliar el sueño. La visita de aquellos caballeros y la respuesta de Paul no me habían satisfecho. Y consigno todo esto para que se vea que Paul guardó sobre el desafío el más profundo silencio, hasta con sus mayores amigos. Impresionado yo por los rumores que en el teatro había escuchado, y nada tranquilo, porque en aquellos días y aún más en aquellas horas, la tranquilidad era para nosotros imposible, me levanté temprano y me dirigí á la redacción de *El Combate*, en la que ya se hallaba Ignacio Sastre. Le expuse mis temores y mis dudas, que él compartía, tanto más cuanto que Paul le había encargado la compra de un par de pistolas de fabricación belga, las mejores que encontrara, y un par de floretes, encargo que ya había cumplido entregándoselos en su propia casa. No sabía más, pero lo presumía todo.

Salimos de la redacción hondamente preocupados. Ignacio Sastre me invitó á almorzar en la «Pastelería Española», situada en la calle del Desengaño, esquina á la de los Leones, donde él acostumbraba á hacerlo. El almuerzo fué ligero, y poco agradable. No podíamos estar quietos en parte alguna. Resueltos á saber noticias nos encaminamos como el lugar más apropiado para adquirirlas al «Café de Fornos», tan frecuentado por nuestros amigos. El café estaba solitario y triste. Decidimos abandonarlo y marchar al Sui-zo, á donde iban también muchos republicanos, y al salir encontramos al querido amigo y sabio médico D. José Guisa-

sola, que había acompañado á Paul al campo del honor.

—¿Qué ha ocurrido?, le preguntamos.

—Que Pepe ha herido á su contrario de un balazo en la cabeza, y que probablemente de esta herida morirá.

Empezaron á llegar al periódico cientos de cartas, firmadas por hombres de los más opuestos partidos, felicitando á Paul por su energía y su valor, así como por haber salido ileso del arriesgado lance. Paul se apresuró á darles gracias, disculpándose de no insertarlas por las cortas dimensiones del periódico y ser opuesto á cualquier exhibición, ajena por completo á su carácter.

Elegido rey de España el duque de Aosta por la mayoría de las Cortes, la redacción dió su último número el domingo 25 de Diciembre en una *Hoja* en que decía:

«Los hombres de *El Combate*, cumpliendo su promesa, se despiden del público para ir al combate.»

E. RODRIGUEZ-SOLIS

Mayo de 1917.

Todos en su terreno

La pobre mujer es vecina de Paderno, y no come el día que no trabaja, que son muchos.

Un día se encuentra con una papeleta de citación del Juzgado municipal; y acude con la zozobra de todo el que se ve llamado por un juez.

¿Qué será? Ella no tiene nada de qué acusarse. No ha llamado siquiera ladrones al tendero ni al panadero.

Llega, y entonces se entera de que quien la cita es el señor cura, el padre de los pobres, el ser bondadoso y caritativo que parte su pan con el hambriento cuando lo ve necesitado.

¿Y de qué le acusa? De no haberle abonado el importe de docena y media de huevos, más tres reales que le correspondían por los llamados derechos de Pascua.

El Juzgado dió, como siempre, la razón al párroco, condenando al pago á Benigna Villarchao, que ha apelado al de primera instancia de Allariz, por ser esos derechos voluntarios.

Los vecinos del pueblo, indignados, han abierto una suscripción para sufragar los gastos de la apelación.

Me parece perfectísimamente lo que ha hecho esa pobre mujer, y la decisión tomada por sus honrados vecinos.

Pero al mismo tiempo pienso en lo apurado que se vería el infeliz párroco para decidirse á reclamar esa cantidad tan insignificante.

¿Quién sabe si se le habrían roto los zapatos de orillo, ó tendría que comprarse otro alzacuello por estar muy pringoso el que llevaba, ó, si usa ama, que ésta le pidiese á toda prisa una peseta para comprarse unas ligas de ¡viva mi dueño!

Hay detalles de familia que obligan al hombre, y no digo nada al cura, á hacer lo que no harían en situación bonancible. Seamos tolerantes, seamos tolerantes.

Sin que esto quiera decir que yo deje de pedir al cielo en mis cortas oraciones, que revienten á ese buen ministro del Señor en el Juzgado de 1.^a instancia, por aumentar sin razón ni derecho, tribulaciones al afligido.

Cáliz recuperado

«Recuerdan mis lectores lo que hace unos tres meses dije acerca del robo de un copón riquísimo en la iglesia de las Reparadoras de Gijón?

Pues ha parecido, merced á este ardid puesto en juego por un jesuita, según en aquella villa se asegura.

Un día que estaban reunidas en el templo las señoras de la Santa Cofradía á la que se sospechaba que pertenecía la ladrona, subió el Loyola al púlpito, les soltó melosamente unas cuantas pullitas sin dirigirse particularmente á ninguna, acabando por suplicar á la que hubiera apandado el cáliz que lo devolviese, pues estando arrepentida quedaba perdonada; y para que nadie se enterase de quién era, pasarían todas por la iglesia particular, que estaría á oscuras.

Hicieron así al otro día, y efectivamente, al encender la luz, estaba el caliz en su sitio.

Como se dieran los jesuitas tanta prisa y tanta maña para devolver lo que por artes indebitas se agencian, como se le dan para que los fieles devuelvan lo que roban, muchas familias que hoy están en la miseria volverían á ser poderosos y no había por ahí tanto pariente de beatos ricos royéndose los codos de hambre.

Verdad es que si no obraran de ese modo, dejaría de existir la Compañía en poco tiempo. Si no se dedicaran á captar herencias y á sacar dinero á los católicos por todos los medios imaginables ¿para qué servirían los jesuitas?

¿LE CONOCÉIS?

Viste de colores oscuros, las más veces de negro; tiene en su aspecto la seriedad del asno, y afecta en su andar y ademanes una formalidad que impone solamente á los mentecatos.

Si en su presencia narráis alguna historieta ó soltáis algo picante, algún dicho chistoso, aparentará que se ruboriza; la broma más ligera le causa escándalo.

No le veréis socorrer la necesidad verdadera; no practicará la caridad evangélica; si hace alguna limosna, la anunciará con bombo y platillos.

No elevará su alma al Creador en la soledad; rezará ó aparentará rezar en público, allí donde todos le vean, donde el vulgo pueda contemplarle y exclamar: ¡qué santo es don Fulano!

Será el primero en asistir á las procesiones, novenas, comuniones que tienen lugar en las grandes solemnidades, pues necesita público para exhibir su devoción y religiosidad.

Falso y vengativo tanto como hipócrita, libraos bien de ocasionarle el menor

contratiempo, de censurar su conducta en lo más mínimo, de haceros desagradable á sus ojos, de darle el pretexto más fútil para que se disguste; su venganza os perseguirá siempre, y nunca os perdonará que le hayáis conocido tal cual es, y que hayáis visto, al través de su careta de santidad, el cieno que llena su corazón, la suciedad de su alma.

Llegaos á él, contadle una desgracia, suplicadle que la remedie; encontraréis su corazón seco; y si algo hace, será para angustiar más al que sufre.

Las palabras, «El Señor le ayude»; «sea todo por Dios»; «en el cielo hallará luego el premio de los trabajos de esta vida», las pronunciará á cada instante y en tono compungido; pero el real que llevaría un pan al huérfano, no saldrá nunca de su bolsillo.

Aparenta amar á Dios y lo que ama es el dinero, al que le rinde verdadero culto; y para agenciárselo, practica la usura de manera escandalosa.

A su mismo hermano, si se halla necesitado, le prestará, pero será al setenta por ciento y con buenas hipotecas; á su mismo padre arrebatará la fortuna, si encuentra medios para hacerlo; pero eso sí; lo hará con la mayor devoción, tomando en su boca el nombre de Dios, no faltando á misa y dándose golpes de pecho.

Creo que, aunque á grandes rasgos, he hecho el retrato del devoto usurero, plaga de las poblaciones pequeñas.

E. DE M.

ULTIMA HORA

La Prensa de la mañana de hoy (lunes) habla de los rumores que esta madrugada corrían acerca de graves sucesos ocurridos ayer en Zaragoza con motivo de una imponente manifestación antigermanófila en que se dieron varias cargas por la policía, resultando muchos heridos y contusos; de que la bandera del Consulado alemán fué apedreada, obligando al pueblo á que la arriasen; y que la causa inicial de todo fué la indignación producida por el torpedeamiento del vapor *Patricio* y por las ambigüedades en que el Gobierno envuelve su conducta en la cuestión internacional.

Y no da más detalles la Prensa, porque la censura no permite transmitir noticias desde Zaragoza.

En el número próximo, cuando se haya puesto en claro lo ocurrido, me ocuparé de él extensamente.

Espejo moral de clérigos

para que los malos se espanten
y los buenos perseveren,

Ó SEA

RECOPILACION ESCOGIDA
DE LOS CELEBRES Y ODORIFICOS

Manojos de flores místicas

PUBLICADOS EN "EL MOTIN",
POR

José Nakens

PRECIO: UNA PESETA

La Musa anticlerical

(CONTINUACION)

Un beso

Con majestad imperiosa
se desliza por la vía
el exprés de Andalucía
con marcha vertiginosa.

En un coche de primera
están dos recién casados
pensando ya entusiasmados
en su dicha venidera,
privados de la presente,
porque allí, en el coche, van
un buen padre capellán,
un torero y un teniente.

Reina un silencio profundo
en todo el departamento;
por mero entretenimiento
va leyendo todo el mundo.

Llega el tren a penetrar
en un túnel tenebroso,
y al disponerse el esposo
la ocasión aprovechar

y dar suelta á su pasión,
le interrumpe su embeleso
el claro ruido de un beso
seguido de un bofetón.

¡Triste situación aquélla!
¿Quién ha sido el atrevido?
No cabe duda al marido
que el bofetón lo dió ella.

Sale el tren á la luz clara
y se descubre el telón,
que impresa la solución
lleva el buen padre en la cara.

Mas de tamaña insolencia
se cree el esposo vengado,
pues el cura en el pecado
encontró la penitencia.

Llega á una estación el tren,
y aquella feliz pareja
el departamento deja
y el cura baja también.

Cuando bajarse los vió
rompe el silencio el torero,
diciendo á su compañero:

— Compare, ze la ganó
por meterze á torear
zin tené la arternativa.

Al escuchar la alusiva
le interrumpe el militar:

— ¿Pero usted se lo ha creído?
¡Si el buen cura es inocente!
Voy, pues, inmediatamente
á explicarle lo ocurrido.

Cuando subió el cura al coche
juzgué de muy mal agüero
el tener por compañero
un cura toda la noche.

Y con gran tenacidad
medio de echarle busqué
y en el túnel lo encontré.
En su intensa oscuridad
llevé á cabo mi intención,
que preparé de antemano:

me di un beso en una mano
y le solté un bofetón.

LUIS FACIO

□ □

Explicando la doctrina
el párroco don Javier
á los niños de Medina,
¿dónde quedamos ayer?
preguntóles con dulzura.
Y uno de los niños tiernos,
le dijo: — Ayer, señor cura,
quedamos en los infiernos.

□ □

Al pie de la letra

Terminado el *ofertorio*,
el párroco de un lugar
dijo así desde el altar
al benévolo auditorio:

«Hermanos: El odio vil
que á Satán atenace
trae de continuo esta aldea
en plena guerra civil.

Veremos si se concilia
ese rencor tan mezquino
que hay de vecino á vecino
y de familia á familia.

Perdón al que agravio infiere,
caridad, caridad suma,
como el sándalo perfuma
la herramienta que le hiere.

Voy á daros el ejemplo,
que a ello mi deber me llama...
Y fué y abrazó á su ama
que se encontraba en el templo.

Viendo ejemplo semejante
cada cual extendió el brazo
y largó un estrecho abrazo
a la que vió por delante.

Y ante tal escandalera
dijo iracundo el rector:
— «¿Esto es casa del Señor,
ó es una casa cualquiera?»

□ □

Alza los ojos al cielo
y murmura una oración
un cura, desde el balcón
que da luz á su entresuelo.

Mira al cielo, y no hace mal,
porque, si no ve, adivina
la pierna de la vecina
que vive en el principal.

□ □

Lapsus linguæ

Un pastor bastante lego,
pero aunque lego, cumplido,
quiso hacer á su ilustrísima
un hermoso regalito,
porque, para dicha suya,
le había ordenado un hijo.
Cogió, pues, de su rebaño
dos borregotes magníficos,
y á palacio se marchó
pensando en el discursillo
que había de inaugurar
el acto del donativo.
Atropelló á los porteros,
subió al salón en dos brincos
y al mirarse frente á frente

del prelado sorprendido,
paróse, empezó á temblar,
y cambiando los estribos,
más verde que una ciruela,
cerró los ojos y dijo:
— Tenga usted, señor borrego;
le traigo estos dos obispos.

□ □

Un párroco muy ladino,
buscando algunos *monises*,
de la madre de Jesús
pone en subasta la efie.
La operación da principio,
y el *páter* gritando dice:
— ¡Tasada en cuatro pesetas!
¡Quién da más por una Virgen!

□ □

Interpretación torcida

Mi amigo Raimundo Otero
es un muchacho que sabe
ser cortés y caballero,
mas tiene un defecto grave:
el de aborrecer al clero.

Estando yo una mañana
con él junto á una ventana
de la calle de Amanuel,
pasó por allí un *sotana*,
como suele decir él.

Es el cura á quien aludo
hombre de baja estatura;
yo hablo con él á menudo,
por lo cual saludó el cura
y yo contesté al saludo.

Pero apenas él pasó,
«¡valiente liliputiense!
mi compañero exclamó,
¿quién es?» — Un cura *castrense*,
le dije enseguida yo.

No sé cómo á interpretar
llegó esta frase Raimundo,
que exclamó sin vacilar:
— ¡Así debieran estar
todos los curas del mundo!

F. GIL

□ □

No trabaja el señor cura
mientras que trabajo yo;
él es rico, yo soy pobre...
¡y quiere que crea en Dios!

□ □

Impertinencia

— Señor cura, señor cura,
¿qué tendré en mi corazón
que á veces siento dulzura
y otras tanta agitación?

¿Qué tendré que el alma mía
ríe y llora sin cesar,
y á veces siento alegría
y otras me mata el pesar?

¿Qué tendré que aquí en las sienes
llega el calor á abrasarme?
— Lo que tienes, hija mía,
es ganas de... fastidiarme.

VITAL AZA

(Continuará.)

TIP. «LA ITALICA», VELARDE '12.